

**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES
SEDE ECUADOR
PROGRAMA ESTUDIOS DE ANTRPOLOGIA
CONVOCATORIA 2008-2010**

**TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE MAESTRÍA EN ANTROPOLOGIA
VISUAL Y DOCUMENTAL ANTROPOLOGICO**

**PROCESOS DE IDENTIFICACIÓN CON EL PATRIMONIO ARQUEOLÓGICO:
EL CASO DE LA TOLITA PAMPA DE ORO (ECUADOR)**

MIGUEL ANGEL RIVERA FELLNER

**ASESOR DE TESIS: FERNANDO GARCIA
LECTORES/AS: MALENA BEDOYA Y MICHAEL MUSE**

JUNIO 2011

ÍNDICE

INDICE	5
RESUMEN	6
CAPÍTULO I: INTRODUCCIÓN	7
CAPÍTULO II: CONTEXTUALIZACIÓN TEÓRICA Y DEL CASO DE ESTUDIO	15
Definición del concepto de apropiación y el marco conceptual en el que se inserta	16
Breve contextualización histórica, económica y geográfica del caso: La Tolita Pampa de Oro	23
CAPÍTULO III: IDENTIFICACIÓN DISCURSIVA Y PRÁCTICA DE LOS TOLITEÑOS CON LOS VESTIGIOS ARQUEOLÓGICOS	43
Las formas de apropiación actuales y las características de una ruptura generacional	43
El valor de los objetos arqueológicos para los toliteños	72
Formas de identificación de los toliteños actuales con los prehispánicos (comparación con el caso de Agua Blanca, Manabí)	89
CAPÍTULO IV: LAS FORMAS DE APROPIACIÓN, VALORACIÓN E IDENTIFICACIÓN DEL ESTADO ECUATORIANO CON “LA TOLITA”	106
Análisis de los museos del BCE	106
Los soles de oro del Ecuador como paradigma de la exclusión y el centralismo “patrimonial”	112
CAPÍTULO V: CONCLUSIONES	119
BIBLIOGRAFÍA	122

CAPÍTULO III

IDENTIFICACIÓN DISCURSIVA Y PRÁCTICA DE LOS TOLITEÑOS CON LOS VESTIGIOS ARQUEOLÓGICOS

En este capítulo se describirá, de un modo que pretende ser algo exhaustivo, las prácticas y la imaginería relacionada con la apropiación del yacimiento arqueológico de la Tolita Pampa de Oro por parte de los habitantes actuales de esta isla. Para tal fin, se describirá su transformación en términos de intensidad del comercio de piezas durante los últimos quinquenios. Mientras esta descripción se desarrolla, se espera hacer conocer al lector de las prácticas y procedimientos más usados para la huaquería local, así como los significados más relacionados con ellos. Pero será al final de este capítulo que se espera mostrar cómo ciertas formas de apropiación y valoración generan procesos de identificación en la población actual, los cuales justificarían por sí mismos los derechos patrimoniales que los actuales habitantes tienen sobre los vestigios arqueológicos.

Las formas de apropiación actuales y las características de una ruptura generacional

Al parecer hay dos razones por las cuales se ha debilitado la intensidad de la huaquería en la isla en, por lo menos, la última década. Por un lado, los habitantes consultados aseguran que ya no se encuentra la misma cantidad que antes se encontraba de oro ni de piezas completas; por el otro, porque dicen que, debido a una parcelación de facto, los propietarios de esas tierras ya se oponen a las excavaciones, debido a que ponen en riesgo sus ganados y cultivos (especialmente de coco).

Podría existir una razón más antigua y que involucra directamente al estado ecuatoriano. Según Francisco Valdez, el Ministerio de Defensa de Ecuador ordenó por medio de un decreto ministerial (basado al parecer en una resolución del Instituto Nacional de Patrimonio Cultural-INPC la cual no ha podido ser vista), alrededor del año 1972, la ocupación de la isla por parte del ejército, con consecuencias nefastas para la población local: durante varios años, al parecer hasta comienzos de los ochenta, primero el ejército y luego los navales ocuparon la isla, vigilando a la población para que no huaqueara y allanando hogares ante la menor sospecha de un tesoro. Entre las cosas que más se recuerda

de aquella época es la represión militar, la cual dejó como víctimas una persona tuerta y un muerto, ambos por militares ebrios. El relato de doña Dionisia, mi anfitriona en el recinto, muestra el miedo y la intensidad de la ocupación militar, al recordar un buen hallazgo mientras playaba clandestinamente en esa época:

Si salían las playadas grandes. Yo una vez caí enferma... que íbamos a ver recién esta casa, vivamos aquí al lado donde mi suegra, me fui así con el cuerpo malo [hacia el lugar de la playada]. En ese tiempo estaban los marinos aquí porque ellos les buscaban a eso mate [es decir, se lo quedaban para sí mismos]. Yo me iba a playar y ellos se iban también a converse y converse. Antes de llegar lo marinos yo ya había caído al pozo y lavando la tierra que sacaban antes, que quedaban amontonadas y me puse échele a mi batea eso..., esos pozos iba echando a mi batea y lave y lave, en eso me topo una boloncón de oro, una buena piedra, de dieciséis, no sé cuantos adarmes¹⁵ (que en ese tiempo mi primo Álvarez lo que me dio fue boberas), pero era encendida... ¡Uy!, cuando llegaron esos, como que Dios dijo: “aquí te voy a mandar un muñequito”, un muñequito bien enterito. Yo, apenas llegaron esos marinos ahí, porque yo temblaba, porque yo siempre la tenía llena de agua y le eché tierra ahí. “¡Ay! - yo dije - esa gente me van a venir a tumbar”. [Pero ella se adelanta a decir:] “Vea yo recién ahorita llego, acabo de... vea, aquí me saqué este muñequito, se lo regalo”, pero yo ya tenía mi bono ahí dentro, una buena bola de oro que saqué (Ent. 27. Dionisia Montaña – mujer, Aquiles Hinostrosa – hombre. 59 y 74 años. La Tolita. 01/08/2010).

Otra de las razones, menos mencionadas, es la de la presencia de artesanos (los cuales hacían réplicas para venderlas como prehispánicas) en la isla gracias a la capacitación dictada por la fundación Sinchi Sacha a finales de la década de los 90. Pero la que nunca se menciona sino indirectamente, es el cambio de moneda sufrido en Ecuador durante el inicio de esta década, ya que los comerciantes compraban en sucres (una moneda muy devaluada: 25 mil sucres valía un dólar estadounidense durante la última tasa cambiaria antes del embargo del país) a los toliteños o esmeraldeños y vendían en pesos y dólares a colombianos y estadounidenses o europeos.

Es importante resaltar la relevancia de la huaquería en el recinto, lo que lo va a distinguir significativamente de los recintos aledaños. Todos aceptan que casi la única

¹⁵ El bolocón al que se refiere, probablemente sea una esfera de oro macizo en el que comenzaban a trabajar los orfebres prehispánicos o tal vez una pieza para decorar, también muy común en la región (ver Patiño, 2005). El adarme era una forma de peso castellana (equivalente a una dieciseisava parte de una onza, es decir 1,79 gramos) que aún se usa para el comercio de oro a pequeña escala en la zona.

actividad productiva era la huaquería (lo que implica una alta apropiación de *facto*), al menos era la única actividad comercial. La pesca y la agricultura eran marginales y sólo se usaban para la alimentación doméstica, y la mayoría de la alimentación se conseguía por medio del comercio de oro y piezas arqueológicas. Al parecer, esta actividad era la que permitía el movimiento de la isla desde la época Yannuzzelli, haciendo que los habitantes de esta isla se dedicaran casi exclusivamente a la explotación aurífera.

Al respecto, doña Aida, una de las mejores playadoras (ya que aprendió con su madre desde pequeña) nos cuenta más detalladamente sobre su infancia en la isla y lo que sus abuelos le contaban sobre el señor Donato Yannuzzelli:

En ese tiempo todavía no sabía la cangrejiada, claro que se agarraban cuando gateaban, se agarraba así para la comida, pero nadie vendía un cangrejo, por allá ya después fue que ya se descubrió la manera de agarrar el cangrejo y de vender, pero en ese tiempo no. La gente sólo se dedicaba a la huaquería.

(...)

[Sobre Donato] Muy ávaro era el señor, los ponía a trabajar, eso les pagaba lo que le daba la gana, eso les sacaban el oro, porque en ese tiempo sí había oro, o sea, él fue el que gozó La Tolita, explotó La Tolita. Porque el que encontró esta isla fue Pablo Isaías Sánchez (que era compadre de Donato, que le vendió en poquedad y murió Isaías). Ya este señor comenzó a explotar y ya, la población se fue haciendo más grande, más grande, pero ya eran como unos... qué le digo yo... se puede decir empleados y no empleados, porque yo a eso no los llamo ni empleados, eso le llamo como... como unos esclavos (...) Claro, porque él, ya a las 5, 6 de la mañana ellos ya tenían que estar en pie, las mujeres con sus bateas, ellos con sus palas a trabajar, les daba lo que a él le daba la gana, entonces ellos sacaban pero así en cantidad el oro, él les llevaba el oro era por barco, barcos llenos de oro (...) ya ni me acuerdo a donde, pero si me acuerdo que me decían que él llevaba por barcos de oro, y tal es el caso que el último barco se le hundió, de oro, se le hundió y no lo pudo sacar (...) Imagínese hasta qué punto llegaba él que, como no tenía salida la cerámica para él, este señor ni siquiera se hizo el costo de hacer una casa, un museo y depositar todo allí, y sin saber después qué valor tenía, no, él hizo hacer un hueco inmenso bien profundo y toda la cerámica que sacaban brabrabrará, la desgranaban ahí como uno bota la cerámica (...) él se encargaba sólo de explotar el oro [cerca al corral, por la fábrica de coco, y le puso dos guayacanes de señal]. Ese señor era malo. (Entrevista 09 Aida Castillo . 50 años, La Tolita. 21/02/2010)

En esta cita se alcanzan a ver dos cambios fundamentales desde la salida de Yannuzzelli: primero, la escasez del recurso aurífero y segundo, la valoración comercial de las piezas de

cerámica. Al parecer, la explotación de este italiano fue de tal magnitud, que era en verdad toda una industria en donde se iban a decantar y consolidar las dos formas de extracción básicas de la isla: la covada y la playada (de las cuales se hablará más adelante) basada en una división del trabajo familiar por géneros. Así mismo, la devastación del vestigio cerámico alcanzó niveles tales que hacen cada vez más difícil el hallazgo de piezas completas en contextos cercanos a los lugares donde quedaba la fábrica y, por lo tanto, del caserío.

Esto es corroborado por otro de los habitantes más antiguos de la isla, don Esteban Rosales, el cual, aunque permaneció largas temporadas fuera de la isla debido a sus aventuras musicales por la sierra ecuatoriana, conoció a Donato Yannuzzeli en los últimos días de su pequeño imperio:

Cuando él amanecía con una gorrita roja, nadie se le aparecía por ahí empezaba a tratarlos mal y no consentía que nadie le dijera nada. Lo que sí tenía el que sí, cuando me recuerdo cuando él trabajaba, y a aquel que llegaba sin camisa, le daba la camisa, lo mandaba a donde un dependiente que se llama un señor Ramón, le daba cobijas, colchas, le daba ollas para que cocinara y comida para que comiera mientras le cuadraban el trabajo. [Hombres paleando manejando la maquinaria: cernidores, trituradores, escalerilla y por último, playaban las mujeres con lo que quedaba]. Había unos que decían que era mala gente, otros que decían que era buena gente por lo que llegaba a trabajar aquí, les daba trabajo y cuando venía, por decir, el año nuevo, y no habían alcanzado a trabajar para pagarle, él les borraba esa cuenta y les hacía otra cuenta. (Entrevista 10 Esteban Rosales. 82 años, La Tolita. 22/02/2010).

A pesar de tener una perspectiva distinta del carácter de señor Yannuzzelli, el señor Rosales ratifica lo dicho por la señora Castillo, ya que da muestras de las estrategias típicas de los señores feudales para amarrar poblaciones a sus tierras: endeudamiento y compadrazgo (aunque este último no se nota en la cita, varias fuentes confirman que él era el padrino de casi todo niño que nacía en la isla). Además, don Esteban menciona la presencia de cernidores, trituradores y una escalerilla que eran alimentados por las palas de los hombres trabajadores llenas de tierra de huacas y tolas (con fragmentos cerámicos y óseos muy probablemente) y que, luego de pasar por el proceso químico, eran lavadas las tierras ya deshechas por las mujeres, hijas, esposas y madres de tales varones.

Como dice doña Julia Mina, otra de las más ancianas de la comunidad: “Ahora no hay como playar porque está todo fincado, cocales, potreros (...) antes todo eso era playadero” (Entrevista 08. Mujer, 70 años, La Tolita, 23/02/2010). Y en efecto, así es. Por lo general, las razones más recurrentes ofrecidas para explicar la decadencia de esta práctica en las últimas décadas por los entrevistados son la parcelación y la extinción de los recursos arqueológicos. Como lo menciona don Tarciso Montaña, uno de los huaqueros más mencionados en la isla por ser el que encontró, a temprana edad y gracias a un sueño de su madre, uno de los soles de oro que supuestamente se encuentra en el museo del BCE en Quito (lo cual en realidad constituye una confusión, ya que según don Tarciso, los rayos de la máscara que él sacó eran articulados y no fijos como en la del BCE):

Ya tengo tiempo que no ando con esas cosas [-porque ya no se puede-], porque todo eso está hecho potrero [-porque se va a covar, se va a hacer un pozo encima de otro, je je je-]. Está bien güequiado, en varias partes... si está en buena suerte, consigue... Antes sí pues: cuando esto estaba bueno, donde usted metía la pala, ahí estaba, ahoritica ya no, tiene que ir con buena suerte. Ya no es como antes, ahora la gente está en otras actividades de trabajo, ya la gente se ha botado a la la siembra de coco, a la pesca, al ganado. (Entrevista 03. Tarciso Montaña. Hombre, 58 años, La Tolita. 19/02/2010)

Así mismo, varios testimonios dan fe de tal cambio, como el siguiente de Lorenz “Toro” Rodríguez, quien lleva sólo 13 años viviendo en la isla:

Pero de pronto fui el último en llegar, porque anteriormente, siete años, ocho años antes, rodaba la plata como usted no se imagina, todo el mundo sacaba arqueología, sacaba oro, piezas en cantidad, y le daban 100 millones de sucres, 500 millones, 600 millones, mil millones... pero la gente siempre se acostumbró a eso, a que siempre iba a haber, entonces eso pocamente, lentamente se fue acabando. (Entrevista 04. Lorenz Rodríguez Camacho .Hombre, 33 años, La Tolita. 19/02/2010)

Esto mismo asegura Aida Castillo, en los términos siguientes:

Bueno: porque es que la huaquería como que ya no le daba a uno ni para comer, iba a trabajar y no sacaba nada, iba a... uno mismo decía “para qué voy a sacar si me las quitan” (...) Entonces viendo a la gente de aquí al lado, Garrapatas, la gente ya cangrejiaba, entonces se fue regando, que las trampas, la cogida de los cangrejos, la pesca ya se fue regando que con las redes, que con la pesca se hacía más plata, ya los hombres se dedicaron a su pesca, unos a la pesca otros a cangrejo y ya no se le paró más bolas a la huaquería. (Entrevista 09 Aida Castillo 50 años, La Tolita. 21/02/2010)

Doña Aida se refiere a los militares, los cuales también jugaron un importante papel en la disminución paulatina de las prácticas de extracción, ya que en la década de los 70 y 80, atropellaron derechos civiles e incluso vitales con la justificación de la protección del patrimonio arqueológico. Estas prácticas coercitivas surtieron su efecto y son ahora capítulos amargos para muchos de los adultos del recinto. Algunos habitantes de la isla sospechan incluso de los arqueólogos que ha enviado el BCE como si estos hubieran sido los gestores de decomisos y allanamientos durante las temporadas en las que trabajaron en el recinto. Pero lo cierto es que desde la década de los setenta la presencia militar en la isla era algo muy habitual.

Don Franco Mideros, hermano de María Mideros (una de las comerciantes de oro más importante y rectora de la escuela, heredera además del oficio de comercio de oro de sus padres), es una de las personas que mejor cuenta la situación que se vivió en la isla durante esta dos décadas en las cuales el estado por primera vez miraba hacia La Tolita, pero, al parecer, con ojos más de avaricia que de paternalismo:

Primero vinieron los del ejército y después la marina (...) No sé, alguien mandó que se resguarde, más bien mandaron eso para que cuiden la arqueología que hay en la comunidad. Pero la gente... ya ellos después comenzaron a dar permisos, la gente que sacaba compartía ya con ellos, porque era totalmente prohibido. Otros venían agresivos que no aceptaban esas cosas, y a quien sacaba, le quitaban, todo eso. [Uno de ellos, pero de la marina no del ejército, mató a un local, por borrachos, por gusto]. Desde esa muerte para acá, comenzaron a retirarse (...) Ya la gente siguió, ya cuando vino Valdez, este Francisco, ya la gente que sacaba y Francisco se enteraba qué había sacado, cuando veíamos el helicóptero aquí. Una señora sacó aquí unas piezas y no sé cómo él se enteró y cuando vino un helicóptero ya militarizado y ya comenzó a que las personas de aquí no se movieran, hasta que no se supiera dónde estaban las cosas de la señora (...) y la señora cuando vio eso se desmayó, entonces no tenían con quién hablar ellos, cuando volvió, les dijo que eso lo tenía guardado Juan García, que en ese tiempo vivía en Cuerval, así que enseguida fueron donde Juan García y eso se lo llevaron ahí.

(...)

Yo me saqué un chalet (...) como una casa más o menos, en cerámica, tenía unos 40 centímetros, era cuadrada y el techo era así, como en forma de las casas de los chinos y de ahí salían las capas para los lados pero el centro era ondulado [poniendo las manos en forma cóncava, palma arriba] y adentro tenía unos muñequitos, como cuatro muñequitos así tenía: asomado en la ventana uno, otro en la puerta y adentro tenía... tenía escaleras y todo eso. En ese tiempo me dieron un millón de sucres [se lo

vendió a su madre que compraba, ella vendía en Quito, a un señor Iván Jaramillo] Aquí hubieron antes muchos compradores de eso... aquí se metían de noche, gente de Colombia, una familia de apellido... los Polo de Colombia, ellos venían de noche en sus lanchas... y venían diferentes tipos de compradores, de diferentes países sino que ya dejaron de venir por acá (...) Ya, desde que se dieron esas 90 horas para que todo mundo aprendiera a hacer cerámica, entonces la gente comenzó a hacer cerámica parecida (...) entonces comenzaron a meterle esas piezas a los que venían a comprar y esas piezas se les desbarataban en el camino, entonces ya comenzaron la gente a decir que eran falsetas (...) y así fueron mermando hasta que no llegaron más. (Entrevista 11 Franco Mideros. 45 años, La Tolita. 22/02/2010)

En este punto, don Franco es el único que ha mencionado el papel de los falsificadores en la disminución de las prácticas de comercialización. Ahora, al preguntársele a don Franco sobre la pertenencia de este patrimonio él no duda en decir que es de ellos, pero sin ocultar cierta satisfacción de esta disminución manifiesta desde su óptica como propietario:

[Este patrimonio pertenece a] A nosotros, a los que vivimos aquí, a los que hemos cuidado esto, porque aquí hay cosas todavía bastantes, esas lomas están cargadas, esas lomas tienen mucho oro. [Sabe eso] Porque es que yo me recuerdo que aquí se desbarató una loma y en esa loma sacaron cualquier cantidad de oro, en una sola (...) En esa loma [le llamaban la de Balverde y queda en predio de su hermano Omar] salió harto oro... en esa loma salió la pieza que te digo, la lata esa, y en una loma que está antes de llegar a la de Antonio, ahí hay otra loma, ahí encontraron también un chalet en oro, pequeño y uno grande, y por eso el pueblo tapó ese hueco, cuando sacaron esas piezas empezaron a dañarla, entonces la taparon, ya nadie la tocó. Entonces se cree que en las lomas es donde hay.

(...)

[Ya no las tocan] Porque son prohibidas. Ya la gente aceptó que es patrimonio nacional, que nadie puede tocar una loma de esas, entonces nadie toca las lomas. Y comenzó la gente a irse olvidando ya de ese trabajo, ya nadie quiso trabajar más en eso de la huaquería (..) Como quien dice, ya se perdió el amor de la huaquería, sabemos que hay cosas, pero nadie piensa en... antes tú tenías una finca, y esa finca tú la dañabas, la gente se metía y te la dañaba solamente por sacar lo que había ahí (...) Yo sé que donde tengo mi coco, tengo buena cerámica allí, pero no me da ánimo estar dañando de por gusto a las maticas de coco la tierra. Ahora hay como más respeto parece, antes no, antes la gente se tiraba tus plantas sin importarles nada: usted supo que ahí sacó una cerámica buena, que le dieron su millón de sucres y al otro día habían 100 personas haciendo huecos ahí. (Entrevista 11 Franco Mideros. 45 años, La Tolita. 22/02/2010)

Estos testimonios son más que suficientes para mostrar el significativo retroceso de la práctica de la huaquería. De hecho, existe una manifiesta incomodidad de las personas entrevistadas cuando se les pregunta si huaquean o han huaqueado alguna vez. Pero al ganar un poco su confianza, expresan que de vez en cuando aún lo hacen, pero de una manera más lúdica o por ganarse algún dólar extra, ya no como actividad principal.

Covada y playada

La huaquería en la isla tiene dos procedimientos básicos al menos desde la época posterior a Yannuzzelli, cuando la cerámica comenzó a ser más valorada: la covada y la playada. La primera es una actividad especialmente masculina, ligada al trabajo duro de palear y extraer piezas completas de cerámica, oro y demás objetos de valor de tumbas (huacas), entierros (sin cadaver) y tolas (montículos doméstico-funerarios). Sus herramientas son principalmente una pala, un balde y un chuzo, siendo este último el instrumento de hierro usado para detectar los materiales de cerámica dentro de la tierra, el cual se compone de una punta y un asidero, de más o menos un metro de longitud.

A nadie vi practicando este ejercicio en la primera inmersión en campo, sin embargo, en la prospección realizada a mediados del 2009 se logró observar a unos tres huaqueros con sus acompañantes femeninas cerca de la playa que mira hacia La Tola realizando huecos que ya superaban el metro y medio, haciéndome saber su incomodidad por haberlos tratado de fotografiar y mostrándome cómo el estigma del huaquero ha calado en sus mentes. Esto fue posible verlo en esa época debido a la temporada seca que se manifestaba, ya que es en ese momento (mediados del año) cuando es posible la covada.

Cuando se le preguntaba a las personas entrevistadas cómo sabían dónde excavar, casi siempre obtenía la respuesta “es que ya sabemos” o “uno se va a la suerte”. Es decir, no existe un método específico para la identificación superficial de huacas y entierros, pero sí un método de prospección más invasivo:



Fotografía 3: Instrumentos para la playada: pala y al menos una batea para lavar la tierra extraída del hueco.

Como aquí toda la isla ya tiene arqueología y oro, toda la isla, nosotros así más o menos atina el sitio, y más o menos cuando usted va a una profundidad, hay un chuzo ahí que usted lo mete, entierra el chuzo y lo saca: si no huele a nada es bien, pero si lo mete y lo saca y huele un poco como abombado, esa parte ahí ya ha sido perforada, ya ha sido covada, por ahí ya no puede más nada. (Entrevista 04 Lorenz Rodríguez Camacho. Hombre, 33 años, La Tolita. 19/02/2010)

Del mismo modo se explica don Wilfrido “Wicho” Casierra, un artesano local, el cual agrega que existen mecanismos visionarios de identificación de huacas:

[Para ubicar la huaca] Eso va sin rumbo uno va, a uno le dio la gana al cuerpo “me voy a hacer un huequito, está bonita esa punta” y va uno y hace el hueco ahí, uno va sin ninguna guía, nada. El sueño sí, pero era antes, ahorita el sueño no existe. Ahora lo que están sacando oro son los que toman pildé, hay un bejuco que toman y ahí se va al otro mundo la persona que toma eso y ahí se encuentra con los muertos y ahí va tratar de ver... y la huaca que a usted le gusta (...) los manes [se refiere a las almas en pena] le caen ya para salir porque están penando y hasta que no le entreguen eso a otro no pueden salir de ahí (...) [Ese bejuco silba de noche y asegura que no es de brujería que es como cualquier bejuco. Ha vendido muñequitos en hueso como amuletos]. (Entrevista 06 Wilfrido Casierra “Wicho”. Hombre, 50 años, La Tolita. 20/02/2010)

Pero es don Franco quien nos ofrece nuevamente una explicación más extensa y común, ofreciendo detalles sobre la forma de buscar y las preferencias de esta búsqueda. Además menciona algo que es recurrente en las entrevistas, el hecho de no tener consideración alguna con los restos óseos de los “indios”, lo cual ya nos empieza a ofrecer un indicio acerca del modo en el cual consideran su relación con estos muertos:

[Para saber dónde excavar] No eso no, excavábamos porque ya conocíamos la tierra: se hace un hueco pequeño primero y miramos si es que ya no ha sido excavado otra vez, o sea, ya sabemos cómo es la tierra (...) Porque [cuando ya ha sido excavado] la tierra tiene otro color, está revuelta con la tierra del fondo, ya conocemos pues, ya los huaqueros ya tenemos esa práctica, conocíamos cuál es la tierra del fondo y cual no era (...) en unas partes [la tierra del fondo] es amarilla, en otras partes es arena... cuando salía arena, nadie buscaba el pozo, porque no se encontraba ni siquiera cerámica, ni tiestos, ni pedazos de cerámica (...) ahí dejábamos tirado eso y buscábamos otro lugar. También se perdía bastante tiempo a veces, uh..., usted excavaba y había personas que hacían hasta tres huecos de esos, buscando y nada. Porque es que en ese tiempo, esa era la vida de las personas aquí, no había pesca, ni agricultura... era chocitas que habían, uno vivía así, ahora es que hay de

cemento (...) Le estoy hablando de 1980, por ahí [antes de Valdez]. (...) [Se busca] La cerámica, cerámica ya entera, como así cabezas, muñecos enteros, pero en medio de ellos está revuelto pues, la cerámica hecho pedazos también, a veces había puros pedazos, a veces había cerámica entera (...) Cuando tocábamos la cerámica con la varita, tratábamos de llegar hasta allá, con la mano y con la varita, sacando despacio; cuando ya llegamos al fondo, llegamos con el más talento que se pueda para no hacer un daño, ¿no? Pero cuando vemos que es un pedazo de cerámica no más, lo sacamos y lo botamos y seguimos buscando [o al llegar a la arena, se deja de excavar]. [Cuando encontraban esqueletos] Eso los quebraban no más, eso lo botaban (...), a veces los dejábamos para que nos hicieran humo para los moscos. [Los sacerdotes no les decían nada ni hacían ningún ritual igual que los demás]. Cuando en los tiempos de excavaciones, había personas que agarraban las cabezas y las tenían en su casa, debajo de la cama (...) botadas ahí, para que alguien viniera y las comprara. [No ha tenido sueños de las huacas] Dicen que los sueños son seguros (...) a veces ellos soñaban en tal parte y ellos conocían el lugar en el sueño y también sabían cuando se despertaban dónde era y llegaban preciso y ahí había una señal (...) ellos dicen que era una persona extraña, a veces ni les veían la cara (...) hay bastantes personas que hay aquí que se han soñado con eso. (Entrevista 11 Franco Mideros. 45 años, La Tolita. 22/02/2010)

Otro de los entrevistados que ofreció más detalles acerca de la forma de covar fue mi amigo Washo, agregando aspectos relacionado con la enseñanza de estas técnicas:

Esa idea se la va asimilando de acuerdo al tiempo vivido aquí en la comunidad mismo, pues. Por ejemplo, habían personas que llegaban y ellas no sabían pero se... buscaban alguien que ya sabía la actividad y le dice “vamos a trabajar”, se iban los dos, por ejemplo, más que todo en la covada, en la playada también, siempre se trabaja entre dos, uno hace el hueco y el otro busca, porque lo más difícil es la buscada. En la covada lo más difícil es buscar, con el chuzo, hay que buscar con el chuzo con técnica hay que también buscar por los lados. Entonces es un poquito más difícil, entonces si de pronto... si yo no sabía, yo me pegaba con otro que tuviera conocimiento, él me decía que yo bajo al pozo y él lo busca porque él sabe. Entonces, a lo que yo bajaba al pozo y el otro empezaba a buscar estaba observando e iba aprendiendo, entonces ya después ya me iba solo y yo mismo hacía el hueco y yo mismo lo buscaba, entonces así se iba aprendiendo se iba aprendiendo eso (Ent. 23. Washintong Mendez. Hombre. 32 años. La Tolita. 25/07/2010).

Ninguno de los entrevistados consideró importante rezar o aplicar alguna ceremonia a los restos humanos, tal vez como dice “Toro”: “2500 años, esos muertos ya de pronto, ya no piden nada” (Entrevista 04 Lorenz Rodríguez Camacho. Hombre, 33 años, La Tolita.

19/02/2010). Este tipo de dilemas no está presente en la playada, la cual es una actividad casi exclusivamente femenina, sin chuzo pero con batea, la cual es realizada preferiblemente en invierno. Es una labor solitaria, mientras que la covada por lo general requiere de al menos dos personas. Y es mucho más tediosa, monótona y se extrae mucho menos que la covada. Sin embargo, es más segura, al menos saca un poco de oro cada vez (con el ideal del vender cada vez que se hacen unos cuantos “adarmes”), mientras que con la covada no hay nada seguro y es muy intuitivo. Sin embargo, con respecto a lo que cuentan las matronas, la playada era algo más en parejas, donde uno de los partícipes (casi siempre un hombre) cavaba para luego echar la tierra en una gran batea, de la cual se podía sacar a material más fino a otra y por último, para las especialistas, a otra. Es ahora cuando se practica a solas y sólo conocí a dos señoras que lo siguieran practicando de un modo regular. Doña Dionisia no es una de ellas, pero ofrece más detalles de esta labor cuando ella la practicaba:

Ah sí, uno la amasa la amasa hasta que ya está floja en la batea de lavar y ahí uno la surge y ahí uno con la mano le está dando y con la otra le está moviendo la batea hasta que ahí ya uno, cuando ya el cascajo [se refiere al material cerámico] está bastante, lo va sacando y va votando, ya después se queda botando con una sola, con una sola hasta que ya queda poquitica ya la tierra y ahí uno la echa en la batea redonda y ya uno empieza a darle vueltas vueltas hasta sacarle todo ese fango grueso y ahí queda lo menudito, es que uno lo empieza a playar, que el oro se empoza ahí en el huequito de la batea (...) en la batea redonda cuando empieza a lavar, a darle vueltas a darle vueltas ya queda poquitica en la batea. Sube, sube, sube el oro y ahí ya empoza todo en el huequito de la batea, todo el polvillo y ahí lo echa al mate (Ent. 27. Dionisia Montaña – mujer, Aquiles Hinostrosa – hombre. 59 y 74 años. La Tolita. 01/08/2010).

Toda covada implica una playada, ya que son actividades originalmente complementarias que parece que se han ido especializando en La Tolita. Incluso, si no se encuentra algo cavando una tumba o no hallan con la vara metálica alguna pieza cerámica, la tierra de la superficie es playada. Como ya se mencionó, en los tiempos de Yannuzzelli, ambas eran actividades mineras fundamentales, exceptuando posiblemente la delicadeza con las piezas de cerámica. Sin embargo, la playada es aún practicada por unas cuantas señoras que rondan los 50 años, sin estar acompañada de la covada en tierra firme. De hecho, la covada es la única actividad que parece estar penada, ya que lo que se extrae de la playada son

residuos de la fabricación de los objetos de oro arqueológicos y se realiza especialmente, aunque no exclusivamente, donde la erosión ya ha hecho gran parte de la tarea: las playas. Algo que también distingue a la covada de la playada es que la segunda requiere mucha más constancia, mientras que la otra es más el resultado de un golpe de suerte o de un sueño.

A este respecto, varios de los entrevistados mencionaron haber tenido sueños o haber sido testigos de una covada en la cual sacaron algo que predijo un sueño. Pero estos no son tan específicos y no siempre el que ha tenido la visión lo saca. Sin embargo, la presencia misma de los sueños, implica cómo se relacionan con ese pasado y con esa alteridad abstracta del amerindio que habitó esa misma isla hace más de un sesquimilenio. En este sentido, se podría hablar de una apropiación inconsciente de toda la riqueza arqueológica, ya que muchos de estos sueños implican “indios”.

Sueños

Una muestra de uno de los sueños mencionados por uno de sus protagonistas, el cual, lastimosamente para él, nunca pudo cumplir. Nuestro protagonista es don Esteban Rosales:

Una vez fue que me soñé pero... no quisiera ni acordarme (...) La ignorancia que es la dueña de todas las cosas, cuando no hay ignorancia no hay nada (...) Con una olla (...) no sé qué tendría la olla, pero el muerto me dijo: “vela ahí” (...) Un hombre grande, cháfalo, cortado el cabello aquí y aquí [a la altura del cuello], me llevó de aquí para arriba a un montecillo, allá llegamos, allá habían hecho unos huecos, me dijo: “vea, aquí está”, ahí había un... bueno, yo le dije a él: “ahí no hay nada”, y él me dijo: “no, ahí está. Ven a verla”. Y yo me asomé ahí. Había un hueco aquí, otro así, así y así [cuatro huecos formando un cuadrado] (...) Era una olla así grandota, rayada era la olla, rayada de rojo. “Esto es tuyo, sácalo”, y yo, “pero si eso es de barro”. “No, esto no se va, porque esto es tuyo, sácalo”. “¿Y yo no me voy a perder de aquí?”, enseguidita ahí había un arbolito así y lo vi en el sueño. Y cuando terminó el sueño, esperando a que amaneciera. Y cuando llegué, la parte que íbamos a cruzar (...) me fui, me fui, me fui y vi la puntita ahí. Y vi los cuatro huecos (...) y lo vi de que estaba cuando se entierra el muerto (...) tan idéntico estaba eso... bien clarito lo vi... y yo perdí la suerte, la suerte la perdí. Nosotros estábamos sacando una madera con mi hermano, estábamos en estos aguajes, pero que había que andar rápido, porque si no andábamos rápido se quedaba en tierra la madera... perdí la huaca (...) Y cuando terminamos

de sacar la madera, fui a ver la parte y estaba todita molida, los covadores ya la había covado, ya no había nada de lo que estaba (...) No quería ni acordarme. (Entrevista 10 Esteban Rosales. 82 años, La Tolita. 22/02/2010).

Don Esteban recuerda al señor como un “indio, pero vestido como una persona normal”, y asegura nunca más haberse vuelto soñar con eso. Un caso más afortunado fue el de don Tarciso, el cual asegura haber encontrado uno de los famosos soles de oro gracias a un sueño de su madre: “Ella se soñó que el indio le decía que lo sacara de ese entierro, ella se soñó y punto y me indicó a mí y yo fui y lo saqué (...) ella se soñó conmigo sacándola” , asegura, añadiendo más adelante: “Es que mi mamá tenía buen corazón, por eso fue que le escogieron a ella” (Entrevista 03 Tarciso Montaña; Hombre, 58 años, La Tolita, 19/02/2010). Los detalles del hallazgo, los relata como sigue:

Ella se soñó un día y al otro día lo fui a sacar yo, fui a hacer la excavación, me fue a indicar y yo fui a hacer la excavación; ella me dejó indicando y yo me puse no más. Ya cuando iba bajando el pozo, cuando me topé una nariguera bajándolo, fue que ahí yo le dije: “mamá, vea su sueño, era una nariguera que ha salido”, pero el pozo estaba sin buscarlo [-era como seña, era-]. Entonces cuando ya estaba cerca, cuando mi hermano salió de la escuela le dije “vamos a buscar el pozo que ya está hecho”. A lo que entró él empezó a sacar unos huesos de muerto y cuando me empezó a sacar ahora las piezas, a sacar las piezas, piezas, piezas y los cables, todo, todo... Los cables, que son unas cosas anchas que son medio enrolladas, los rayos que lleva el sol (...) estaba despegado todo. Eso venía amarrado con un alambrito, pero los alambritos se habían dañado ya. Las narigueras si eran de oro macizo, eran pepiaditas. [También] Una cabeza de venado en barro y unas ollas de oro; había una olla que tenía un material de madera por dentro, no sé qué madera habrá sido, pero por fuera era puro oro. Los huesos (risas) eran como los de nosotros, huesos bunecitos, buenecitos; eran medio negruscos; hay unos que salen ahí en los guandales que salen blanquitos. (Entrevista 03 Tarciso Montaña. Hombre, 58 años, La Tolita. 19/02/2010).

Otro ejemplo de un sueño, el cual se buscó y se halló, pero con resultados también negativos, lo constituye el caso de Daysi Cabezas, la cual encontró grandes cantidades de oro gracias a un sueño (todas las versiones de esta historia dicen esto) las cuales le fueron arrebatadas por militares por intermedio de Francisco Valdez. Su hijo Domingo nos cuenta la versión de esta historia:

Ella por la noche se soñó que un indio... o sea, un indio llegó a donde ella y le dijo que fuera a sacar, que eso era de ella. Entonces, pues, ella fue... se fue y llegó al puesto exacto donde el indio le había indicado y todo eso y llegó al hallazgo ese. (...) Decía ella... decía que era un indio alto, eh, tenía... o sea, la ropa... solamente tenía taparrabo y el cuerpo descubierto. (...) Sí, un indio flaco alto y pelo que le tapaba la cara porque decía que no le veía la cara a él. [¿Y le hablaba en español?] Si, en español, sí... y creo que fue verdad porque lo que él le... o sea, lo que él le dijo, ella llegó al puesto exacto donde estaba, sacó y cuando ella sacó, ¿no?, ella no sacó todo porque había mucha agua y al siguiente día, por la noche, vuelta se le presenta el indio y le dice que lo que había sacado no era nada, que lo que estaba abajo era lo... o sea que tuvo dos sueños. Sí, dos sueños. El primero que fue que cavó y ya, pues entonces ella pensaba de que no había más nada. Entonces ella regresó, por la noche volvió a soñarse de que el indio le dijo de que lo que había sacado no era nada, que el resto estaba más abajo. Pero en eso... en eso ella le conversó eso a una amiga, y esa amiga le conversó a otra persona y como aquí el Banco Central en ese entonces tenía guardián, entonces la amiga de ella le conversó al guardián y el guardián que había aquí le comentó al señor Valdez. En visto de que no había una seguridad aquí, cómo mantener el hallazgo (...) En Cuerval había un señor que se llama Juan García [un reconocido historiador local], él también trabajaba para el Banco Central y en vista, pues como le digo de que no había cómo guardar aquí mi mami me dio para que llevara a guardar allá donde el señor Juan García. Pero no sé... ahí es que no se sabe porque nadie sabía que yo había llevado las piezas donde el señor Juan García y por lo tanto cuando llegan los marinos ya sabían que las piezas estaban allá donde el señor Juan García, allá en Cuerval. Entonces ahí es que vienen las autoridades y pues le meten miedo ¿no? de que si no entregaba las piezas la iban a llevar presa. Así que ahí bueno, ella ya... ahora sí ya dijeron de que las piezas estaban allá en Cuerval y que fueran a Cuerval a... así es que fueron a Cuerval y allá en Cuerval Juan García entregó las piezas. (...) Y cuando vienen de allá de Cuerval vienen aquí a donde mi mami y le dicen que les fuera a enseñar el hueco donde ella había sacado las cosas, porque estaba el resto de piezas allá. Así que... ella ingenua ¿no? como una persona ingenua ella ingenua va, les muestra el hueco. Como ya el indio le había dicho de que abajo había... estaba lo mejor y todo eso, pues entonces ella pensaba conformarse... o sea, ella pensaba, más que todo, era de que lo que había sacado le iban a recompensar, o sea, le iban a dar una buena recompensa, pero no fue así. Ya, entonces, en vista de eso es que ella los lleva de nuevo allá al hueco. Ahí es donde los señores sacan dos baldes más de oro, sacan la... sacan otra máscara, sacan los moldes de las máscaras, porque eran dos máscaras y piezas... eran unos rodillos de platino, de oro, y todo eso... rodillos como para imprimir sobre tela... ajá, sí, si eran platinos y oros. Y una plancha, más o menos... casi así era la plancha, así de largo y así de ancho. No sé para qué serviría esa plancha... unos cincuenta centímetros por unos treinta... más o menos, sí... eso de que no se sabe para qué serviría esa plancha... (...) Después lo que pasó fue de que, pues ya

entonces, ya vino... llevaron todo, la dejaron engañada a la señora Daisy, que le iban a dar y que... eso fue un problema que hubo porque eso por eso tuvimos que andar en Quito para ver si es que se le daban algunas cosas. En vista de que nosotros metimos abogado y eso, anduvimos para allá y para acá, le reconocieron en ese tiempo seis millones seiscientos sesenta mil sucres, y las piezas estaban avaluadas en sesenta millones de sucres, en ese entonces. Las avaluaron aquí en el banco central de... aquí en Esmeraldas... sesenta millones de sucres. Y lo que le reconocen es... y eso, no le digo, por andar, andamos de allá para acá y le reconocen eso, seis millones seiscientos sesenta mil sucres (Ent. 20. Domingo Rosales. Hombre. 43 años. La Tolita. 21/07/2010).

Muchas personas se sentirían muy bien con esa cifra sin haber tenido que hacer el esfuerzo por conseguirla, sólo soñándola. Pero el hecho que recalca el señor Rosales es que fue su madre la que se soñó con el depósito y, por lo tanto, le pertenecía. Como bien lo reconocen muchos habitantes de La Tolita, eso depende de la suerte de cada uno, pero el estado, en este caso, se apoderó de la suerte de doña Daysi ofreciéndole sólo una fracción de su valor.

No queda claro cómo los sueños funcionan en esta comunidad, y sólo se comparten algunos, especialmente cuando se encuentra algo. Pero la presencia del indio extinto parece pervivir en estas narraciones espontáneas. En realidad creo a don Esteban, a don Tarciso y a don Domingo cuando me aseguran que tales sueños ocurrieron, no tienen por qué mentirme y sus versiones se han mantenido durante años y, al menos las de los dos últimos, son corroboradas por otras personas de la comunidad. Surge el interrogante de, si bien su imagen acerca del indio extinto, como vamos a ver más adelante, es más bien etérea y superficial, en sus sueños parece ser tan reiterativa esta figura que señala sitios específicos en donde se hallan tesoros. Aún no tengo una respuesta a esta pregunta (la cual se une a diferentes tradiciones en los Andes, tanto en Colombia como en Ecuador, en la cual los sueños son vías de transmisión de este tipo de información sobre riquezas subterráneas) pero lo que sí es seguro es que de algún modo esta imagen onírica es el resultado de deseos y emociones que no son ajenos a los toliteños. Esto nos permitirá comprender mejor cómo los sueños pueden ser considerados como mecanismos de apropiación (siendo en el caso de los sueños con la presencia de imágenes de amerindios una manifestación de la imaginaria sobre el pasado).

Uno de los pocos sueños narrados que no tienen la figura del indio extinto fue el que me compartió doña Dionisia, en el cual es manifiesta esta relación del sueño con las emociones y los deseos de los soñadores.

Pero el sueño que yo me soñé fue allá donde un compadre (...) Yo me soñé haciendo ese pozo ahí [playando], a lo que iba descubriendo... ya estaba como por aquí [en las caderas], iba descubriendo, en ese se presenta en el sueño, vi a mi compadre... al marido de la Nelia, mi cuñado, que iba... pues yo dije “allá viene o no”, y ya estaba descubriendo ese oro y es que yo cojo: ya me vi en el sueño que había sacado un armador [de oro], de esos con los que uno guinda ropa, y lo tenía encima del pozo, pero lo tapo con tierra... cuando ya lo veo a él que viene yo rapidito cojo y le riego tierra a ese oro y me quedo ahí, “¿qué, comadre, qué usted está haciendo aquí... esos pozos encima de otro, que esto todo está covado?” [le pregunta su compadre], “si compadrito - le dije yo - todo esto está puro pozo”, pero el oro estaba ahí al plan “esto es puro pozo”, así que cuando él se fue empecé a descubrir y yo vi unas... unas eran de piedra esmeralda, otras eran de oro, pero hartísimas, y yo dije en el sueño: “Dios mío, esto es un deposito de oro, este oro no se iguala al oro de la Daisy que sacó acá”; yo dije “esto es un oro bastante” y estaba en el sueño y no podía dormir me estorbaban los ojos. Quería cerrar los ojos y eso ahí, hasta que empecé a tocarlo a Aquiles y él estaba que babiaba, “Aquiles, Aquiles estoy viendo unas de oro y no puedo dormir, estoy con esas cosas, que estoy diciendo yo que este no se iguala al oro que sacó la Daisy, este es un depósito” le decía yo. Y estaba con eso ya y no más fue conversarle a él, me quedé fue bien dormida. Pero estaba era rato mirando ese oro ahí, que no podía dormir. Y no lo fui a ver nunca.

[¿Y por qué?] Yo siempre le decía a Aquiles vamos, vamos, pero no fuimos. No sé si lo hayan sacado o esté ahí. Pero yo lo veía como en el filo de un palo de guanábana... dejé pasar el tiempo y ya después mi compadre ya hizo casa allá. Fíjese que cuando me soñé ni casa había ahí, no había nada (Ent. 27. Dionisia Montaña – mujer, Aquiles Hinostrosa – hombre. 59 y 74 años. La Tolita. 01/08/2010).

Muchos problemas, poco dinero

Por el momento vale resaltar que aunque no usan a los sueños para justificar su acción ni su relación directa con estos seres extintos o fantasmagóricos que dicen que son los propios dueños de las tumbas que quieren ser liberados de su pena, si la realzan justificando a las prácticas huaqueras como un trabajo más: “La arqueología dicen que nosotros estamos... cómo le digo... como robando. No es eso, estamos trabajando, porque para eso se pasa buen trabajo, para hacer un hueco a la profundidad a la que uno lo hace pasa buen trabajo,

imagínese una mujer para hacer una cosa de esas, estamos trabajando para sobrevivir” (Entrevista 09 Aida Castillo 50 años, La Tolita. 21/02/2010).

Lo mismo dice don Franco, el cual acepta que fue gracias a esta práctica que comenzó a levantar a su familia cuando aún nada tenía:

[La huaquería es] Un poquito cansable eso porque usted tiene que hacer huecos (...) llegar hasta donde está la cerámica, por eso que tú vas a haciendo el hueco, vas avanzando capa por capa, sea tres metros, cuatro metros, así. Despacio. Y al fondo, al final de allí, llegas a un lugar donde está blandita ya la tierra, ya la puedes manejar con la mano, entonces ahí comienzas a buscar, con una varita de fierro, despacio así para que no vayas a quebrar (...) A veces salían, otras veces, sacabas sólo cerámica, pedazos. (Entrevista 11 Franco Mideros. 45 años, La Tolita. 22/02/2010).

A esto se le suman los peligros que implica la extracción, no sólo por el estigma y la militarización que han padecido, sino por efecto de las mismas condiciones de los depósitos arqueológicos. A esto se refiere don Tarciso cuando se refiere a otra excavación, en la cual también trata de explicar la diferencia entre entierro y huaca:

Lo que yo saqué era entierro, porque no estaba sellado, estaba abierto por arriba; y cuando es huaca, eso está sellado, tiene que romperla para que no se vaya a correr, y eso que suelta un antimonio y usted no puede percibir eso porque o sino se vuelve loco señor. No puede percibir esa antimonía que tiene, porque eso cuando está sellado, es como un ácido... no puede percibir eso (...) tiene que dejarlo ahí pa'l otro día ir a sacarlo, porque eso bota una cosa feísima, eso puede volverlo loco o martarlo en el instante. ¿No ve a Aquiles? Aquiles solamente cogió... y no era huaca, era entierro, sino que Aquiles una vez casi se muere cuando sacó ese poco de oro por allí abajo [señalando hacia las plantaciones de coco isla adentro]. Pero a él fué el que... a mí no me pasó nada, a nosotros si no nos pasó absolutamente nada (...) ¿Por qué no nos pasó nada? Porque a él tuvieron que llevarlo a Limones, y como el puso la cara ahí cerquitica, y el de nosotros tenía agua, y el de él estaba pelaito, estaba seco, entonces por el agua no nos pasó nada. (Entrevista 03 Tarciso Montaña, 58 años, La Tolita, 19/02/2010).

Además, aseguran que ellos cuidan las tolas desde que se los han prohibido:

El problema es que el gobierno cuando ya agarró esto, ya no deja, son los recursos... cómo se llama... los recursos patrimoniales que hay (...) pero aquí la gente sí le dio duro a las tolas: ahí donde está la cancha (...) era una tola y la gente huaqueándola la bajó (...) Las tolas tienen (...) como unas 7 quedan (...) Ahora toda la gente está en ganadería, cocalas, ya no puede ir la gente allá (...) En las tolas hay huacas pues... ahí están los grandes entierros. La huaca son de los grandes diputados... como se

llama... de los duros [se refiere a personajes poderosos] pues que había en ese tiempo; así como están estos que tienen sus buenas tiendas, sus buenos... ellos tenían sus cosas ya guardadas, entonces hacían ellos una olla, son redondas, y ahí metían todo lo que se llama oro (...) ya lo que le estoy hablando como los que tienen plata: ellos su plata, lo que se llama alajas, lo tienen guardado en su cofre, pero ellos tenían sus juguetes de tiesto, sus muñecos, sus ollas y ahí las tapaban y ahí eso es una huaca ahora, y ahí estaban cerradas, las cierran cerradita cerradita, es como un calabazo (Entrevista Wilfrido Casierra “Wicho” 6. Hombre, 50 años, La Tolita. 20/02/2010)

Para las mujeres, que realizan especialmente la tarea de lavar la tierra o playar después de la covada, están expuestas a infecciones vaginales y cutáneas debido al agua sucia que resulta de la mezcla con los restos del pozo y la cual les llega hasta la cintura es estos casos. Muchas ya son conscientes de esto y por eso no les gusta.

Ahora bien, con esto se quiere ratificar que el nivel de extracción ha disminuido drásticamente por múltiples razones, especialmente el prohibicionismo coercitivo, la disminución de objetos de valor hallados y la dedicación a otras actividades, pero, en términos del comercio, también se ha dado cuenta de que no les pagan lo que se merecerían y que los que más ganan son los intermediarios, así como la disminución del comercio con Tumaco, en donde podían comercializar de un modo más fluido cuando el sucre aún estaba vigente. Lo mismo pasa con las piezas artesanales actuales donde, por ejemplo, dice Wicho: “Yo aquí vendo estos muñecos a 10 dólar, y los llevo allá y no me van a querer comprar por 20 mil pesos” (Entrevista 06 Wilfrido Casierra “Wicho”. Hombre, 50 años, La Tolita. 20/02/2010).

Algo que acrecienta este sentido de explotación y de escaso valor, es el caso del comercio de oro, donde la señora María Mideros, una de las comerciantes locales más importantes, ofrece sólo 16 dólares por gramo estando el precio internacional girando alrededor de los 35 dólares desde 2009. No sólo con respecto a comerciantes ilegales, sino en relación con el mismo estado, al cual consideran un usurpador importante de La Tolita, ya que consideran que mientras este se enriquece con las visitas de turistas extranjeros a los cuales cobran la entrada, al recinto lo tienen olvidado además de estigmatizado:

En ese tiempo la gente trabajaba, pero para otras personas, usted sacaba las piezas y como no sabía el valor, no sabía qué costaban, venía y le

decían: “yo te doy cinco sucres, cuatro sucres, dos sucres”, tomo, lleve (...) a la mamá de María Mideros.

[No se quedó con ningún muñeco] Porque la gente en ese tiempo no tenían otra fuente de trabajo y es que usted conseguía la piecita y como necesitaba para sobrevivir, cómo lo iba a dejar, tenía que vender, y es que usted no lo vendía en lo que costaba, eso usted lo vendía y ya estaba para la compra de la comida o algo, por eso la gente no se dedicó a guardar... y ya, la gente que más, por decir, sacó las cosas gruesas, ya después de que vino el estado, a resguardar, le quitaban todo lo que tenía, todo lo que sacaba le quitaban, el estado se llevaba. [Primero, los marinos, luego, “los tigres”, un grupo de élite del ejército ecuatoriano, de los cuales tienen los peores recuerdos] Eso a lo que usted sacaba le quitaban y se llevaban no más. Yo tengo una tía que se llama Daysi Cabezas, ella topó un depósito de oro, pero qué oriza para grande, oro en cantidad, ella y la hija, todo ese oro lo sacaron y de ahí comunicaron allá... a, al estado y enseguida mandaron un helicóptero de marinos, de toda ley, y eso enseguida la agarraron que entregara, que entregara, la señora no tuvo más que entregar y entregó todo, todo, todo ese poco de oro que se llevaron y lo que le dieron fue una casita en Esmeraldas, nada, y la señora está ahí pobre. Un señor también sacó una careta, le quitaron igual, no le dieron nada, creo que el señor de eso se enfermó y se murió. La Tolita ha sido explotada por el gobierno, porque las cosas más grandes las quitaban y se las llevaban (...) el sol de oro, el sol de oro lo sacó el señor Tarciso Montaña de aquí (...) Y la más tristeza es que el Estado no se acuerda de estas tierras, el Estado no se acuerda de la gente que más plata le ha dado, porque esta tierra es la que más plata le ha dado al Estado, mire las mejores piezas que hay en el Banco son de esta tierra, y el Estado no se acuerda de aquí, mire qué abandonados estamos. (Entrevista 09 Aida Castillo. 50 años, La Tolita. 21/02/2010)

Me atrevería a asegurar en este punto que existe, en el fondo, una discriminación significativa y estructural por parte del Estado para con esta población, ya que al parecer ha realizado esfuerzos millonarios para tratar de rescatar y proteger el patrimonio arqueológico del indio muerto que propiciar la protección básica de las poblaciones afrodescendientes.

Hasta aquí he tratado de describir la transformación de tres de las cinco formas de apropiación identificadas hasta el momento en La Tolita: la huaquería (en sus formas de covada y playada), el comercio (muy injusto por cierto, del que hace parte y el cual, como se habrá notado en las citas textuales, no es sólo monetario sino que también se ha dado en forma de intercambio de productos o de regalo, especialmente para personas que son consideradas “gringos” o que vienen de la sierra, muchas de ellas auspiciadas por el estado) y los sueños (de los cuales se puede decir que son, o eran, manifestaciones inconscientes de

la intensiva apropiación de facto, así como conexiones profundas con el entorno en el cual se asienta esta población – es suficiente con recordar las especificaciones de los lugares en los sueños y su posterior reconocimiento en la isla).

Réplicas y reinenciones

Las otras dos formas de apropiación, menos frecuentes y más recientes, son la producción de artesanías a partir de piezas halladas en la isla o con materiales arqueológicos (como los huesos) y el coleccionismo (del cual sólo hay un caso: Antonio Alarcón).

Primero se dará cuenta de los artesanos, a partir de dos entrevistas abiertas se ha tratado de profundizar la razón por la cual las hacen. Para Wilfrido Casierra, es una forma de vida en sí misma, que combina con otras actividades que ha aprendido de un modo autodidacta. Mientras que para Conrado, el otro artesano abordado y dedicado muy esporádicamente a este oficio, es sólo un pasatiempo y no se dedica necesariamente a la comercialización de sus artesanías. Los dos, junto con Washintong “Washo”, son los tres únicos continuadores de una pequeña empresa que trató de crear la Fundación Sinchi Sacha en 1998, la cual intentaba que se crearan piezas para un comercio más fluido y que integrara a la comunidad. Sin embargo, el proyecto fue relámpago, y aunque crearon un horno para la cocción de la cerámica, ahora está en desuso y deteriorándose rápidamente. Al parecer, esto es generado por un desinterés que se alimenta de las pocas posibilidades de comercio y los altos costos de transporte de las artesanías, así como los precios que consideran injustos.

Wilfrido Casierra es el único de los tres que lleva trabajando con las artesanías desde los años 80 y asegura que puede hacer marimbas, maracas, “muñecos de barro”, tallados en huesos antiguos, en madera y las réplicas que quiera. Esto lo hace especialmente en la isla, pero en Guayaquil, donde prefiere estar ahora por las oportunidades laborales, y donde tiene una hermana, es pintor y electricista autodidacta.



Fotografía 4: restos materiales del proyecto artesanal que trató de crearse por medio de la escuela y con gestiones de Sinchi Sacha a finales de los noventa.

Hablando con el señor Casierra, el que más tiempo lleva dedicado a la producción artesanal, comenta cómo las cosas, antes de la dolarización eran benéficas para su negocio y arte, llegando incluso a tener la posibilidad de rechazar buenas ofertas (aunque algunos vecinos se lo atribuyen más al alcoholismo que a otra causa):

Yo me metía semanal como 200 mil sucres. Fíjese que perdí una ganga, porque el Banco central, (...) más claro, de artesanía sabía bastante, me estaba tratando como restaurador del Banco Central de aquí de Esmeraldas. Perdí eso porque el problema fue que (...) el señor Franciso Valdez, ahí había un salón, en la Loma del Tamarindo, era como las seis de la tarde, no me mandó hombres, seis mujeres me mandó aquí, ya me conocían las muchachas, ya habían trabajado aquí, me las mandó como para que me conquistaran y me llevaran (...) la pregunta fue: “¿bueno, y cuánto me va a pagar?”, me dicen que ahí no va a ganar no más 120 pero de ahí le van a ir subiendo. “No me alcanza” - le digo, es que yo mensual me ganaba 800 mil sucres, solamente trabajando la semana, y solamente trabajaba mis 3, 4 días [a la semana] haciendo estos muñequitos de hueso. (...)

[Al comienzo] Más eran muñecos restaurados: así muñecos que salían sin cabeza unos les buscaba la cabeza y al que le salga, le llegue, se la coloca (...) en Esmeraldas se le vende a un señor Luna, Luis Luna. (...) Todas las profesiones que yo me sé las he aprendido solo, sólo viendo, alguna pregunta le he hecho al que sabe y de ahí, yo (...) Yo comencé haciendo muñecos, pero sólo la cabecita, ahí estaba estudiando yo en Guayaquil [el bachillerato], no hacía muñecos enteros. Cuando ya vine de allá fue que empecé a ponerles manos... a ponerlos enteritos ya, solamente hacía muñequitos, pendientes pequeños (Entrevista 06 Wilfrido Casierra “Wicho”. Hombre, 50 años, La Tolita. 20/02/2010).

La falta de estímulos para la producción artesanal es casi obvia, a pesar de la oportunidad que perdió el señor Casierra de trabajar para el BCE. Él asegura que no le gusta casi trabajar en el monte, ni en la pesca ni en agricultura ni en ganadería, y que por eso prefiere la artesanía. Por su parte, tanto Washo como Conrado prefieren ir a la fija y comercializar con los productos que el manglar, el río y los cocotales les da, incluso si les toca hacer de jornaleros. Pero les gusta la producción de réplicas, y cuando hallan alguna pieza que les llama la atención, incluso tiempo después de haberla vendido, la replican según sus recuerdos. No planifican lo que hacen, todo lo hacen en la mente y con el material en la mano, de lo cual se sienten en verdad orgullosos. En especial Washo, quien ha realizado incluso trabajos para personas de la capital de la provincia con temas no arqueológicos y de

exploraciones más personales (Ent. 23. Washintong Mendez. Hombre. 32 años. La Tolita. 25/07/2010).

Pero Washo no se le dedica tanto a la artesanía como quisiera. Antes sí, cuando estuvo el proyecto de la Fundación Sinchi Sacha, pero luego empezó a disminuir, por eso ahora se dedica a cosas muy puntuales. Su posición es clara con respecto a lo que debería hacer el estado con los artesanos en la isla:

[Esta producción de artesanías] empieza a mermar a raíz de que se llevan el... saquean el museo. Porque una vez que se creó el museo había una... había bastante concurrencia de turistas, tanto nacionales como extranjeros mismos... tenía fama... claro, tomó una fama bien alta. Y a raíz de eso ya dejaron de venir los turistas y tampoco ya no era negocio...[aproximadamente el año 2000]. Y después hice un contacto con Sinchi Sacha mismo en... porque ellos compran lo que es la artesanía. Hice como unos tres viajes, pero no me resultaba. El asunto es que... la cultura... esta cultura de aquí es una cultura muy, un poquito muy... ha sido un poquito muy difícil, casi de trabajarla porque son trabajos artísticos un poquito complicados, es decir... y a veces yo en una pieza me echaba una semana, por ejemplo, una pieza... y una pieza... que usted se eche por ahí una semana, debe sacarle... porque está echándose... póngale que usted se gane diez dólares diarios, trabaja por una semana, por cinco días pongámosle, por cinco días son cincuenta, más el arte. Es una pieza que tiene que estar rindiendo unos ochenta dólares, redondeando, más o menos. Y ahí me dijo “no, que no puedo pagarle más de veinte dólar, porque, bueno, allí me venden una más grande”, pero allí es molde y lo que hago acá es todo a mano, se lleva mucho más tiempo. Entonces, no me daba. Y otra de las cosas es también que ellos trabajan... por ejemplo, usted entrega en este mes y tenía que ir a cobrar el otro mes, le pagaban. Y de qué uno también sobre vive si se dedica solamente a esa actividad. (Ent. 23. Washintong Mendez. Hombre. 32 años. La Tolita. 25/07/2010).

Colecciones in situ

Relacionado con este último aspecto que menciona Washo, tenemos (como última forma de apropiación significativa encontrada) un coleccionismo problemático. En los tiempos en los que estaba la fundación Sinchi Sacha (cuenta doña María Mideros fuera de grabación) fue que se creó el museo en 1998 y que fue saqueado en el año nuevo que despedía el año 2000. El museo fue saqueado justo en una fiesta tan celebrada como el año nuevo, aprovechando que el museo no tenía como celador sino a un padre de familia voluntario



Fotografía 5: En esta foto se puede ver la habilidad de Washo para la escultura en cerámica, siendo además una reconstrucción de una de las mejores piezas que ha encontrado y vendido (la original era al menos la mitad más grande), y la cual asegura haber realizado de memoria y sin bocetos previos.

(según la entrevistada), el cual se unió al festejo justo a las doce de la noche y todos culpan a alguien de dentro de la comunidad (con sus respectivos y desconocidos cómplices), pero nadie, sólo la señora Mideros, se ha atrevido a usar nombres. De hecho, ella fue acusada de tal robo, pero ella se defiende diciendo “Mi familia no tiene que hacer esas cosas (...) Ahora sé que esos muñecos estuvieron en Olmedo guardados (...) allá dizque estuvieron guardados donde una señora” (Entrevista 07 María Mideros. Mujer, 50 años, La Tolita. 20/02/2010).

Lo único que queda de aquel museo, que aseguran era espectacular, con grandes figuras de cerámica completas y de gran maestría, es una estructura que se la está devorando la vegetación (y algunas nuevas viviendas) y unas fotos en el juzgado en San Lorenzo, por un juicio que en 2001 la señora Mideros inició contra José Torres, el cual fue salvado gracias a la intervención (muy sospechosa para la señora Mideros) de Homero López, un antiguo prefecto de Esmeraldas.

Las piezas que quedaron del museo son algunas piezas de oro (que tampoco se exhibían), de cerámica y de madera (incluyendo algunas réplicas) que conserva la señora Mideros en la escuela del recinto. Ella asegura que son usadas para la educación en ciencias sociales por parte de la maestra Yolanda Mejía, sin embargo, esta afirmación parece tendenciosa, excusándose inmediatamente asegurando categóricamente: “Cuando yo estudié nunca nos enseñaron que esto era un lugar arqueológico importante” (Entrevista 07 María Mideros. Mujer, 50 años, La Tolita. 20/02/2010).

El señor Antonio Alarcón, guía del museo en esa época, montó desde 2001 su propio museo, un museo privado del cual se quiere deshacer y asegura estar decepcionado de La Tolita, por la falta de colaboración y de interés de la gente en lo que ha tratado de hacer como promotor del turismo (cosa que muchos consideran injusta porque en realidad no genera empleo ni reparte ganancias). Aunque todos en el recinto poseen alguna pieza arqueológica en su vivienda, nadie es un coleccionista propiamente dicho, ni siquiera la señora Mideros, la cual es más bien una comerciante.



Fotografía 6: restos materiales del museo de sitio que fue robado al poco tiempo de haber sido fundado en la isla. Una imagen de unos seis meses después muestra la velocidad con la cual son reciclados los materiales.

El único coleccionista que es reconocido como tal es Antonio Alarcón, el cual acepta estar completamente aburrido con el pequeño museo que mantiene en la isla. Actualmente don Antonio vive en Esmeraldas con su familia en un lugar de alto riesgo de deslizamientos, a pesar de lo cual asegura no querer volver a saber nada de La Tolita. Dice que lo único que lo que quiere es que el Estado (o la FLACSO, por medio del proyecto que ejecutó hasta febrero de 2010) le compre su colección y le pague por los arreglos que ha hecho en la tola que llaman “El Pinzón”, la cual ha cercado y ha plantado a su alrededor árboles frutales. Asegura haber perdido más de lo que ha ganado con ese museo, pero lo que más lo desmotiva es el hecho de sentir que en La Tolita todos son unos “desagradecidos” que no le dan el crédito que se merece por mantener ese museo.

Durante mi primera temporada de campo intensiva, cuando Alarcón no estaba en la isla, el que estaba encargado de este museo era Lorenz “Toro” Camacho, un comerciante de gasolina que dice comprender a Alarcón y que cuida del desprotegido museo de unas 800 piezas (la mayoría fragmentos, unas dos osamentas humanas completas y huesos de animales hallados en tumbas). Dice al respecto, que él es el único que lo comprende ya que muchos en la comunidad lo toman como loco:

(...) Aquí hay un compañero que se llama Antonio Alarcón, el mini museo que hay aquí es de él, ha sido un museo privado, porque el museo de aquí Tolita Pampa de Oro fue saqueado hace más o menos unos doce años, lo saquearon un treinta y uno amaneció primero, de diciembre; aprovecharon que la gente estaba tomándose unas copas, se metieron por la parte de atrás de la playa y saquearon el museo. Supuestamente fueron unos nativos de esta comunidad que qué vergüenza para ellos que siendo de aquí, moradores de aquí de la comunidad ellos mismos tuvieron la metodología... o sea el juego intelectual de llevarse las piezas que iban a servir más adelante hacia el futuro, el futuro de nuestros hijos que no tuvieron conocimiento de eso, no les importó eso, sino que solo lo dejaron totalmente desvalijado, se robaron todo. O sea, no todo el conocimiento de quiénes fueron, pero, más o menos aquí, los que viven aquí, entre unos y entre otros saben quiénes... sino (...) sino que nadie dice nada.

(...)

Él es un luchador sólo, él ha luchado solo, él aquí no tiene el apoyo de la comunidad (...) Pero igual la gente más viene aquí por... no por lo que hay, la gente quiere pisar de dónde han sacado las piezas, las máscaras de oro, quiere vivir la realidad de donde sacaron las piezas, la gente viene más es por eso, no por lo que hay (...) En los otros museos usted no puede tocar, solamente en este, usted aquí tiene la oportunidad de tocar, mirar cómo lo hicieron (...) tiene la oportunidad incluso de ir a huaquiar, de ver

cómo se huaquea. (Ent. 04 Lorenz Rodríguez Camacho. Hombre, 33 años, La Tolita. 19/02/2010).

A pesar de todo, tiene algo de razón “Toro”: las personas que vamos actualmente a La Tolita lo hacemos por conocer la realidad de dónde sacaron las piezas, algunos más por conocer el medio ambiente en donde se “desarrolló” esta cultura arqueológica, otros por conocer el proceso en el cual se ha extraído la riqueza que la hace famosa internacionalmente. Ya en la segunda temporada intensiva de campo, pude entrevistar tranquilamente a don Antonio, en La Tolita. En la primera ocasión había tratado de hablar con él en Esmeraldas, pero una emergencia familiar lo tenía demasiado angustiado. Ya para julio, cuando hay una llegada importante de turistas a la zona, lo pude entrevistar, en donde me habló de cómo surgió el museo, de los pocos y esporádicos colaboradores que ha tenido y de cierto distanciamiento de la comunidad.

Básicamente el museo surge después de haber terminado el proyecto arqueológico, hacia 1989-1990, dejando vislumbrar en su relato las causas últimas de esta labor (ser recordado):

Yo estaba comprando piezas porque yo sabía que algún día iba a pasar algo, y tenía mis piezas en mi casa. Desapareció el Banco Central, hice mi proyecto y lo puse. Como no hubo nadie que apoyó porque decían que yo era loco, hasta ahora me dicen que soy loco. Generalmente hasta donde conozco yo todos los que andamos con arqueología nos llaman locos... yo seguí adelante. Entonces, así pasó la historia de ese pequeño museo que tengo yo hace 27 años aquí. Entonces, como esto desapareció, pues hermano, yo he estado dando vida a esto; le he dicho a la comunidad que si algún día yo me voy o me muero, aunque eso queda, decir, “aquí hubo una persona que no dejó que esto desmaye”, esto sigue en adelante. Y yo lo he dicho claramente, compañero, yo estoy haciendo un recate, no es solamente para mi, para el país y para la comunidad (Ent. 17. Antonio Alarcón. Dueño de museo local. 48 años. La Tolita. 19/07/2010).

Al preguntarle acerca de su visión del indio extinto, ofrece, a diferencia de los demás entrevistados, una versión de guía, ya repetida durante mucho tiempo y aprendida en gran medida durante el tiempo en el que Francisco Valdez y su equipo excavaron el yacimiento y relacionándola con su propia experiencia de vida en la isla:

Entonces, esta gente, estos montículos... ellos no los crearon porque sí. Las aspiraciones de ellos fue la siguiente... yo me recuerdo tanto en la historia de mi padre que en 1942 en la provincia de Esmeraldas fue el

último fenómeno del niño más fuerte que hubo aquí en Esmeraldas ¿sí? Entonces hacemos un paréntesis, que esta gente, esta gente vivió igual como nosotros ahora ¿sí? Todo lo que es parte baja. Entonces en lo que es el fenómeno del niño, las inundaciones del río, esta gente pensó en trasladarse pa'l río Santiago que allá pa'l río Ónzole y luego traer tierra en barcazas y hacer las elevaciones. ¿Para qué hicieron esto? Para proteger a toda su generación que estaba al borde de desaparecer de esta isla ¿no?, eso fue lo que hicieron ellos. Y fueron utilizadas como tumbas y a la vez como viviendas, porque en las cimas de ellas hacían los ritos mortuorios de la gente que se moría, los terratenientes, los caciques. En los montículos. Entonces eso fue lo que pasó sobre los montículos artificiales de esta isla.

(...)

Lo que pasa con la cerámica acá en la isla... lo que pasa es que aquí fue directamente el centro. Aquí fue el centro de trabajo directamente de esta cultura, que aproximadamente tres mil personas indígenas vivieron aquí en esta isla... [Mucha gente para esa época] Claro, esta isla tiene unas dos mil y pico, me imagino yo, porque es muy grande. Entonces, se dedicaron directamente a labrar lo que es la cerámica, el oro, el platino, la esmeralda, la madera, el hueso, la piedra y la concha ¿no? Pero iniciaron haciendo intercambios con otras tribus que estaban a sus alrededores, entonces por eso es que se encuentran tantos restos arqueológicos. (Ent. 17. Antonio Alarcón. Dueño de museo local. 48 años. La Tolita. 19/07/2010).

Esta es la versión que tiene don Antonio del pasado prehispánico de la isla. Al menos de la parte que dejan entrever los restos arqueológicos. Es significativo que lo llamen loco, y que de hecho no le incomoda del todo, ya que eso quiere decir que es alguien que no ve de la misma manera a los objetos arqueológicos. Pero lo cierto es que en realidad su motivación de coleccionar tiene un fin más comercial que intelectual, lo que se demuestra en su desesperación por salir de esos materiales y hasta del terreno que ha cuidado e intervenido durante varios años. Es decir, en don Antonio parece florecer tanto la pasión por poseer esos objetos como la necesidad y el deseo de venderlos al mejor postor, lo que de hecho lo haría parte de la tendencia general de considerar, por parte de los toliteños, a tales vestigios como fuentes de dinero antes que como fuentes de conocimiento.

Es por esto que en el apartado siguiente se tratará de mostrar esto. Primero, cómo es valorada toda esta cantidad de materiales y montículos prehispánicos por parte de ellos a través de dos ejercicios básicos: el dibujo y una encuesta abierta. Estos instrumentos serán

explicados en detalle en el siguiente apartado. Pero antes de comenzar, vale la pena un breve repaso de lo dicho en este.

Se ha visto cómo ha declinado la práctica de la extracción y comercio de piezas arqueológicas en los últimos diez años, gracias a fenómenos macro (como el endurecimiento de las leyes en torno al patrimonio arqueológico, tanto en Colombia como en Ecuador, así como la dolarización de la economía ecuatoriana) como a fenómenos micro (el agotamiento de los yacimientos tradicionales en la isla, la militarización de la zona durante algún tiempo). También se ha visto cómo las formas de apropiación de este patrimonio son juzgadas (negativamente) por su poca rentabilidad económica y su alto coste de energía (ya sea en labores propias de huaquería o en el cuidado de piezas arqueológicas o en la realización de réplicas y artesanías). Esto parece ser suficiente para ver cómo, a pesar de la altísima relación física con estos objetos arqueológicos y su permanencia en la historia como una fuente de ingresos, las formas de apropiación extractivistas tradicionales reflejan una valoración negativa de tales objetos. Del mismo modo, se nota que, a no ser que sea en sueños o como parte de un discurso prefabricado, la imagen que socializan del amerindio extinto es escasa y sin mucha importancia.

A pesar de esto, en el siguiente apartado se tratará de mostrarlo más detalladamente, tratando de ampliar el panorama y, a partir de ejercicios más abiertos que la entrevista, explorar la posición de los objetos arqueológicos en el sistema de significados que da valor a los objetos en la población que habita actualmente La Tolita Pampa de Oro.

El valor de los objetos arqueológicos para los toliteños

Como bien lo expone Graeber (2005), la noción de valor en las ciencias sociales, así como en la antropología, ha tenido diferentes conceptualizaciones, entre las que resaltan tres: una económica, una lingüística y una sociológica. Este autor asegura que es posible hablar de valor en los tres sentidos simultáneamente sin caer en discusiones metafísicas o ambiguas. Es más, asegura que las propuestas teóricas en antropología que han tratado de abarcar el concepto de valor fallan en cuanto ignoran uno o más sentidos.

Es decir, Graeber ve la posibilidad de usar un único sentido de valor cuando hablamos del precio de una mercancía, del significado de un morfema y de los “fines

últimos de la existencia” de una sociedad. Y su unidad la halla en lo que Gary Palmer (2000), un lingüista cultural, llama *imaginería*. Esta consiste en la configuración que existe entre las ideas-imágenes presentes en cada lengua y sus variaciones en contextos comunicacionales específicos. Partiendo de la idea que no se puede estudiar la gramática separada de la semántica (Palmer, 2000: 53-54; citando a Langacker, 1990a), Palmer argumenta cómo las palabras son evaluadas en cada situación por parte de los hablantes de una lengua, dejando incluso un amplio margen para construir nuevos significados emergentes. Es así como se comprende la identificación en este caso, ya que si esta emerge por medio de representaciones (a través de lenguajes no lingüísticos) y estas representaciones no son estáticas, la identificación es también variable.

Ahora bien, la variabilidad, tanto del lenguaje como de la identificación, va a depender en gran medida de la formas en las cuales se valore y se apropie aquello con lo cual existe una relación de identificación (o, para el caso de Palmer, de la relación lingüística). Y es la *imaginería*, o como prefiero llamarlo, el sistema de representación (con sus jerarquías y paradojas), lo que se trata de conocer el últimas al tratar de conocer la forma en la cual se valoran, en este caso, los objetos.

La propuesta de tratar de “medir” o calcular la intensidad en la cual las personas que habitan La Tolita valoran a los objetos arqueológicos, se basa en un ejercicio apropiado del arte contemporáneo quiteño. El artista Falco realizó en 2005 un ejercicio en el marco del festival de arte contemporáneo Al-Zurich¹⁶, llamado “Galería Viva”. En este ejercicio, el artista invitó a varias familias de una misma cuadra de un barrio del sur de la ciudad de Quito a exponer un objeto que se encuentre en su casa, que represente lo bello, lo bueno y lo verdadero (categorías para evaluar lo estético según Platón) para ser expuesto ante la comunidad. El artista tenía en mente alejarse de lo que él llama “la cultura del museo”, de aquella “caja blanca” que mantiene una forma de valoración de objetos muy especializada y cerrada. Él quería explorar el por qué determinados objetos son valiosos para la gente “del común”, poniendo así en tela de juicio la forma en la cual se define qué es y qué no es una obra de arte, y para quién es ese tipo de obra. Con 20 familias trabajó durante el festival,

¹⁶ www.arturbanosur.blogspot.com

que en el momento de la exhibición recibieron a vecinos y extraños en sus hogares para mostrar el objeto seleccionado y dispuesto en una ubicación seleccionada por la misma familia dentro de la vivienda (Ent. 13 -sin grabación- Fernando Falconí “Falco”. 35 años, Quito. 06/04/2010).

La adaptación de este ejercicio (que contó con la aprobación manifiesta del artista) para mis fines investigativos consistió en 20 encuestas abiertas a hogares (lo que representa más 25% de los hogares del recinto), en la cuales se les pedía a 28 cabezas de hogar (ver cuadro 2) que eligieran tres objetos de su propiedad, muebles: el más útil, el más bello y el más propio. La idea era ver si en alguna de estas tres categorías se incluía algún objeto arqueológico, dando como se esperaba resultados negativos. Así que siempre se hacía la pregunta directa de si tenían algún objeto arqueológico y las razones de tenerlo o no tenerlo.

Tabla 2: Distribución por cantidad, género y estado civil de los hogares con los que se realizó el ejercicio del “museo doméstico”.

Género*	Total	Estado civil	Total
M	6	Unión libre	8
F	6	Casados	8
M y F	4	Viuda/o	2
F y M	4	Separado	1
		Soltero	1

* M y F, por separado, se refieren al total de hombres y mujeres, respectivamente, encuestados de modo separado; mientras de los otros dos (M y F; F y M) se refieren a las encuestas realizadas a ambos cabeza de hogar, marcando el orden en el cual el hombre o la mujer marcaba la pauta de las respuestas.

Empecamos con lo arqueológico. La mayoría de gente asegura que no tiene piezas (80% de los encuestados), obviando cualquier tiesto u olla que tienen olvidada en algún lugar de la vivienda y se pudo demostrar que sólo 5 de los 20 hogares tenían unas reservas de piezas para la venta. De hecho, esta es la principal razón que dan para no tener piezas: que las han vendido. Esto se confirma con el énfasis de una de las encuestadas, la cual se refirió a unas piezas cerámicas fálicas que me mostraba su esposo: "sólo tiene un pene pa' vender [...] no lo tiene de recuerdo".

Sólo uno de los encuestados mencionó que los objetos arqueológicos no se pueden tener porque traen mala suerte. "Viene el mal porque los indígenas no eran benditos sino salvajes". Sin embargo, tienen una vasija grande como florero y al resaltárselo, se muestra escéptico y cree que esto se debe más al mal manejo del dinero, no sin poner en relieve que muchos comerciantes y coleccionistas han quedado en la miseria (Encuesta 3. "Museo doméstico").

De los tres hogares que me mostraron piezas que tenían, todas dispuestas a la venta, en dos de ellos sus cabezas estaban casados y la otra encuesta fue a un hogar unipersonal, del único soltero encuestado. Se debe anotar que ambas encuestas a los casados fueron dirigidas las respuestas por los varones, lo que hace que el comercio de piezas un negocio masculino, a excepción de la señora Mideros, la cual controlaba el comercio con el exterior del recinto. Pero al estar yo en esta posición de "gringo" visitándolos directamente en sus casas con propuestas de un "museo doméstico" imaginario, no sólo me las mostraron, sino que incluso me regalaron algunas (lo que implica una muestra de amistad, así como se ofrecen los frutos de zona).

Muchos botan por desinterés y tratan de deshacerse de esas cosas y los que tienen es por si acaso alguien las quiere comprar. Sin embargo, por lo menos la mitad de los encuestados recordaban piezas (ellos más de cerámica y ellas más de oro, como colgantes) que les hubiera gustado conservar, pero que vendieron porque para eso las habían sacado. Además, como la covada se hace entre por lo menos dos personas (no así la playada), las ganancias son más fáciles de dividir con dinero que dividiendo el botín.

Ahora se tratará de comprender por qué al parecer están tan alejados los objetos arqueológicos de ser valorados como útiles, bellos o propios por parte de esta población. Como se dijo anteriormente, esta encuesta trataba de hacer que las personas encuestadas eligieran el objeto más útil, el objeto más bello y el objeto más propio. Eran preguntas difíciles, ya que son ambiguas e inusuales, y además no se les ofrecían opciones a sus respuestas, y las recurrencias salieron *post facto*. Como se percibe en las gráficas, ningún objeto arqueológico fue mencionado, por lo cual se agregó la pregunta sobre si tenían o no objetos arqueológicos y por qué.



Fotografía 7: Esta fue la mayor colección de objetos arqueológicos que alguien me mostró durante la realización del ejercicio del “museo doméstico” y es muy dicente en cuanto al estado en el que se encuentran las piezas que se tratan de vender. Ninguno las tiene para sí, exceptuando unos cuantos fragmentos decorativos con los que juegan los niños y algunas vasijas reutilizadas como maseteros.